

Segundo domingo de Cuaresma A2023

La fe es una aventura exigente. Requiere muy a menudo sacrificios. Pero en lugar de ser sacrificios vanos, siempre tienen un premio: una Bendición. Dios nunca nos pedirá un sacrificio o un desprendimiento sin darnos la gracia para cumplirlo, y eventualmente, una bendición.

Abraham fue el primero en experimentar esta verdad. Dios le pidió que abandonara la casa de sus padres, que dejara la tierra de sus antepasados y fuera adonde él le mostraría. Su aceptación motivó la bendición de Dios: “Haré nacer de ti un gran pueblo (...). Engrandeceré tu nombre (...). En ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra”.

La promesa de bendición no disminuye en nada el precio del sufrimiento que viene con el desapego y el sacrificio. Para llegar a la gloria uno debe que pasar por el sufrimiento. Sufrir aquí no significa necesariamente sufrimiento físico, sino también sacrificio que uno se impone a sí mismo para triunfar y alcanzar el fin de su misión.

Es en este sentido que tenemos que entender lo que san Pablo le dice a Timoteo al recomendarle que comparta con los sufrimientos por la predicación del Evangelio, sostenido por la fuerza que viene de Dios. Le recuerda que Dios no nos ha llamado porque fuéramos santos, sino para hacernos santos. No nos ha llamado según nuestros méritos, sino según su gracia obtenida por la muerte y resurrección de Jesús.

La muerte de Jesús, en efecto, fue un verdadero escándalo para los discípulos que no podían imaginar y aceptar la idea del sufrimiento del Mesías. Para atenuar su conmoción, Jesús lleva consigo a Pedro, Santiago y Juan al monte para que sean testigos de la gloria que será suya al final de su sufrimiento.

La gloria de Jesús es aquella en la que los discípulos compartirán. Aunque tengan que pasar por sufrimientos y persecuciones, tienen que estar convencidos de que están llamados a compartir la gloria de Jesús. Entonces, se hace evidente que los tres amigos fueron ante todo testigos y representantes de todo el grupo de los discípulos y de toda la Iglesia. La gloria que han visto es la gloria que nos espera al final de nuestra peregrinación en la tierra.

En la transfiguración, la identidad de Jesús se revela plenamente como el Hijo Amado del Padre en quien se complace. La transfiguración es la anticipación de lo que Jesús será en su resurrección. Incluso si tiene que pasar por la pasión y la muerte, este no es todo el significado de su vida. Está destinado a una gloria celestial que resplandecerá cuando se cumpla el tiempo de Dios.

La transfiguración es una anticipación del destino de la Iglesia. Como profesamos cada domingo en el Credo: Creo en la resurrección de los muertos y en la vida eterna. Lo que estamos esperando se da anticipadamente en la transfiguración. La transfiguración nos recuerda que nuestra esperanza en el cielo y la resurrección a la gloria eterna no son en vano. Como los tres discípulos, seremos transformados y compartiremos la gloria de nuestro Salvador y Señor, Jesucristo.

Para acceder a esta gloria se requiere de nosotros una sola cosa, es decir, la capacidad de escuchar al Hijo Amado del Padre. Esto es un desafío porque vivimos en una sociedad que hace demasiado ruido y en la que la gente tiene miedo al silencio. El silencio muchas veces saca a la superficie las heridas que la gente oculta dentro de ellos.

Además, hay toda la gama de preguntas sobre el modo de escuchar: ¿Cómo escuchamos? ¿Escucha con la cabeza o con el corazón? ¿Qué escucha? ¿Con qué frecuencia escuchamos a Jesús? ¿Quién puede escuchar bien a alguien en sus propias agitaciones y ruidos?

La transfiguración nos recuerda que el silencio, la contemplación y la oración son momentos importantes de nuestra vida cristiana. Jesús nos habla en las Escrituras y en el silencio de nuestro corazón. La única manera de hacer su voluntad y caminar tras sus pasos es escuchándolo.

La Cuaresma es un tiempo de hacer silencio, en oración, para escuchar al Señor que nos habla. Necesitamos salir de nuestras continuas agitaciones, para crear un ambiente de paz a nuestro alrededor y dentro de nosotros que favorezca la escucha del Señor. No se trata de huir del mundo, sino de sacar energía del silencio y de la oración para bajar del monte y dar testimonio de Jesús.

En su transfiguración, Jesús está conversando con Moisés y Elías, dos figuras importantes de la historia de Israel. En Jesús se unen la Ley y los Profetas. Jesús está en perfecto acuerdo con la Ley y los profetas. Él es el cumplimiento de todo lo que representan.

Cuando Pedro, sorprendido, pide construir tres tiendas para Moisés, Elías y Jesús, reacciona como cualquier de nosotros podría hacer, es decir, que cuando la gente vive momentos emocionantes en su vida, quieren prolongarlos y mantenerlos apretados para que no huyan. Y, sin embargo, la transfiguración nos es dada por que tengamos la fuerza para el ministerio diario y que nos capacitemos caminar hacia la cruz.

Porque la cruz existe, la transfiguración recuerda a cada uno de nosotros que, sean que sean los sufrimientos que soportemos por causa de nuestra fe, tendrán un premio. Por tanto, si queremos resucitar un día con Jesús, tenemos que seguirlo por el camino de la cruz.

Que la disciplina cuaresmal nos dé la gracia de la fidelidad para que en nuestro sufrimiento no nos desanimes, sino que miremos a Cristo que recorrió el mismo camino antes de triunfar en la resurrección.

Génesis 12: 1-4a; 2 Timoteo 1: 8b-10; Mateo 17: 1-9



Fecha de la Homilía: el 05 de Marzo, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230305homilia.pdf